

tido la historia de María, y que me digais despues, qué insultos dirigió esta Señora á los pérfidos verdugos de su divino Hijo; con qué palabras reprendió su proceder inicuo: cuáles fueron las voces con que pidió al Eterno Padre tomase venganza de tan atroces injurias. Pero nada de esto encontrareis, pues á pesar de presenciar el estado triste y doloroso en que se hallaba aquel que habia tenido en sus purísimas entrañas, conoce que todo es voluntad de Dios, y sin dirigir espresion alguna en contra de aquella turba, se humilla, sufre, padece dolores inesplicables por su intensidad y profundidad, y juntando sus manos ante el pecho, confórmase con las disposiciones del Eterno. ¡Oh humildad verdaderamente dichosa, esclamaré yo aquí con el Padre San Agustin! ¡Oh humildad verdaderamente dichosa, que dió á los hombres un Dios en carne mortal, abrió el Paraiso, y libertó á las almas del infierno (1)! ¡Cuán felices seriamos nosotros si conociendo lo pasajero de las grandezas del mundo y la nada de las cosas terrenas, aspirásemos tan solo á los bienes del cielo. Entonces lejos de enorgullecernos, nos humillaríamos á imitacion de la Santísima Virgen, y en premio de la práctica de esta virtud sublime seriamos ensalzados por Jesucristo segun su infalible promesa.

Salomon, aquel monarca poderoso, que segun él mismo habia declarado, gozó de cuantos placeres y satisfacciones podia gozar un rey cuya dominacion se estendia desde Dan hasta Betsabé, y desde la entrada del mar hasta el torrente de Egipto, fija su consideracion en los goces y grandezas del mundo, y viendo

(1) ¡O vere beata humilitas, quæ Deum hominibus peperit paradysum aperuit, et animas ab inferis liberavit. Serm. 33 de Sanctis.

que nada son en comparacion de las grandezas del cielo, se ve precisado á esclamar: *Vanidad de vanidades y todas las cosas vanidad. Lo que únicamente puede formar la felicidad del hombre es el temor de Dios, y la observancia de su ley* (1). Tales son las frases del monarca mas sábio de la tierra, frases que deberiamos tener siempre presentes los cristianos para mirar con menosprecio los bienes y grandezas del siglo, para evitar que la soberbia se apoderase de nuestros corazones, y que el conocimiento de estas verdades nos hiciera humillarnos ante el acatamiento del único que es, porque nada somos las criaturas. Esta consideracion nos llevaria necesariamente á imitar la humildad de aquella Virgen purísima, que siendo nuestra Madre, solo desea que la sigamos por el camino del abatimiento. Y si las virtudes de la Santísima Virgen se nos predicán no solo para escitar nuestra admiracion, si que tambien ya os tengo dicho para escitar nuestra imitacion, oid para que contempleis á donde llegó la humildad de la Señora, las espresiones de un piadoso cantor de sus virtudes. «La Virgen que fué sobre la tierra el mas perfecto modelo de humildad, conserva en las cumbres de las grandezas esa virtud modesta que la distingue de todas las hijas de los hombres: esclava coronada del Señor presenta fielmente á Dios las oraciones que le dirigimos, uniendo á ellas las suyas para que sean mejor atendidas (2).»

¡Qué cuadro tan modesto nos presenta María en aquellos años que vivió en la tierra despues que su divino Hijo subió á reinar en la gloria! Ella podia mostrar su dicha viéndose en el siglo Madre del que desde

(1) Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. Eccles. cap. 1, v. 2.

(2) Orsini. Historia de la Madre de Dios. Tomo 11, lib. 23.

el cielo todo lo gobierna. Pero ella no procura honras ni alabanzas: se emplea continuamente en practicar actos de la mas profunda humildad, y si instruye como Maestra á los discipulos de su Hijo, es para cumplir la divina voluntad y procurar la mayor gloria del Señor, mirando como empachosas las honras del mundo, solo suspiraba por la llegada de aquel momento en que debia unirse á su Dios para siempre en la mansion del Empíreo. ¡Ah! ¡Morada felicísima, que cerrada con duros cerrojos para el soberbio, está siempre abierta para recibir á los humildes de corazon! ¡Ciudad santa de la Jerusalem celeste! ¡Quién te poseerá! ¡Quién penetrará por sus fuertes muros para disfrutar de inmensas riquezas! ¡Quién tendrá la suerte de ver cara á cara el rostro de nuestro Dios! ¡Mas ay! Nosotros, hermanos míos, nosotros disfrutaremos felicidad tanta, si no dando entrada en nuestro corazon al espíritu de la soberbia, imitamos la humildad de la Santísima Virgen, con la que atraeremos á nosotros á nuestro buen Dios. Nosotros gozaremos las eternas delicias, si dóciles á las instrucciones religiosas que con bondad tanta nos dá nuestra madre la santa Iglesia, nos abrazamos con la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

A mí me parece, hermanos míos, que mal avenidos algunos con la doctrina de Jesucristo me contestan: ¿Y cómo practicaremos esa humildad teniendo que vivir en medio de la sociedad, y por las necesidades propias de nuestra naturaleza, tratar con toda clase de gentes? La ley evangélica, me parece oírles concluir, es un yugo insoportable, nuestras débiles fuerzas se resisten á poderlo sobrellevar. ¡Qué error tan funesto y de tan lamentables consecuencias! Yugo es en efecto, y tambien carga la ley de Dios, pero

como él mismo dice, es yugo suave y carga leve. ¿Quereis verlo? ¿Necesitareis pruebas para convenceros de esta verdad? Pues bien. ¿Qué os exige Dios por su divina ley? Os pide el sacrificio de cuanto hay en vosotros: os pide resignacion en vuestros trabajos, paciencia en vuestras adversidades: quiere que vuestro espíritu triunfe de vuestra carne, que no os dejéis seducir de las pasiones que os cercan, y que reconociendo que nada teneis que sea vuestro, pues que todo lo habeis recibido, como dice el Apóstol, os humilleis en el conocimiento de vuestra miseria y de vuestra nada, viviendo en la subordinacion de vuestro omnipotente Hacedor. ¿Y os parece mucho exigir? ¿Y direis que vuestras fuerzas no son suficientes para resistir tanto peso? Necesariamente si no seguís á Jesucristo seguireis al mundo. ¿Es por ventura mas suave la ley que este os impone? ¿Exije de vosotros menos sacrificios? ¿Os sentís animados de mayores fuerzas para sobrellevar cuanto os impone? Para complacer al mundo necesitais bienes de fortuna; esta necesidad os pone en el caso de ambicionar. ¡Cuántos sobresaltos, cuántos disgustos y sinsabores! ¡Cuántas vigiliass os cuesta labrar una posicion de la cual podeis caer á los dos dias, y que sin duda dejareis en breve! Deseais conseguir los aplausos de vuestros contemporáneos y tal vez los de la posteridad. ¡Cuántas fatigas, cuánto estudio, cuánta aplicacion os cuesta el que el mundo os reconozca por sábios! Deseais cubrir vuestra frente con los laureles de la fama. ¡Cuántos trabajos, cuánta penalidad, cuántas batallas, cuántas noches de insomnio, para que vuestro valor sea alabado, para ser beneméritos de la patria! Y esas heridas honrosas que se dejan ver en vuestros

rostros, y la grandeza que justamente adquiristeis, las condecoraciones que os distinguen y el aprecio que os granjeasteis, todo concluye en corto tiempo, y un sepulcro será el depositario de toda vuestra fama. Comparad ahora qué carga es mas pesada, si la de Dios ó la del mundo; y si por vuestro bien temporal tanto haceis, ¿cómo os resistís al mas suave de los yugos y á la mas leve de las cargas? Es un error grosero, es una patraña el calificar de insoportable la ley inmaculada del Señor. Teneis que tratar con toda clase de gentes, y acaso ¿vivieron en los desiertos todos los santos que veneramos en los altares? Son los menos, mis hermanos carísimos. Un San Fernando III de Castilla y un San Luis rey de Francia, ¿no se santificaron en la mayor grandeza, ejercitándose en la penitencia en medio de los grandes negocios que ocupan siempre la atención de un monarca? ¿Sirvió de obstáculo el ocupar los tronos á las Isabeles de Portugal y de Hungría, y á las Margaritas de Escocia, para ejercer la misericordia para con los pobres y cuidarlos por sí mismas, para llevar sobre sus carnes bajo el manto del monarca el cilicio del penitente? Otros muchos ¿no se unieron á Dios viviendo en la mayor grandeza, porque no apoderándose jamás de sus corazones el espíritu de soberbia, conocieron su pequeñez ante la presencia de Dios, y se santificaron por la humildad? Así es, mis hermanos, y son innumerables los ejemplos que podriamos presentar. Luego la ley de Dios no es un yugo pesado como la califica el mundo, sino una carga suavísima de llevar.

No vivamos, pues, engañados como los filósofos del paganismo, como aquellos hombres que fundándose en el amor de la patria, miraban con desprecio á los

estranjeros: que mirando y adorando á ídolos manchados de soberbia y de delitos no podian concebir ideas humildes. Régulo, Arístides, Sócrates no son nuestros maestros. Somos hijos de Jesucristo é hijos tambien de María. Jesucristo, pues y María, sean en adelante nuestros modelos: tomemos las lecciones de aquel con sus ejemplos y los modelos de María. En nuestro Redentor y en la Co-redentora del mundo tuvo principio la práctica de la virtud santa de la humildad, que antes fuera desconocida en el mundo: virtud sublime que brilla en la militante Iglesia, como el sol en medio del horizonte; virtud extraordinaria, guiados por la cual, se retiraron muchos á los desiertos; otros queriendo ocultar la grandeza de su origen, repartieron sus riquezas á los pobres, y se refugiaron en los monasterios: virtud en suma que ha santificado á innumerables almas, porque la humildad hace resistir las tentaciones; atrae la paciencia en los infortunios y hace al hombre, no solo modesto, obediente y caritativo, sino le asemeja á Jesucristo que nos dijo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.» ¿Por qué fué tan aceptable Antonio Abad á los ojos dela Divinidad? Porque escuchando las lecciones del Evangelio y siguiéndolas fielmente, practicólas de un modo admirable, entregándose de lleno á las virtudes cristianas, poniendo por fundamento de todas ellas á la humildad, empezando por desasirse de cuanto poseia. ¿Por qué el grande Agustin, llegó á ser tan gran santo y Padre de la Iglesia despues de haber sido gran pecador y de haberse enorgullecido con los aplausos de las escuelas de Roma y Grecia? Porque advertido por unos amigos suyos que venian de viajar por el Oriente, le refirieron la vida ejemplar que llevaban

los solitarios, añadiéndole que nada sabian de ciencias del mundo, aunque eran admirables maestros de la ciencia de salvarse. Agustín era hombre de gran talento, y su viva imaginación le hace detenerse en la consideración del modo con que aquellos solitarios ocupaban el tiempo. ¿Conque toda mi ciencia no podrá salvarme, diría, si carezco de virtudes? ¿Conque la ciencia mundana es una ciencia que hincha y que nada promete para después del sepulcro? ¡Cómo habré yo perdido tan inútilmente mi tiempo!... Y estas reflexiones le sacaron de su letargo, disiparon su espíritu de vanidad y de soberbia, y humillándose ante Dios, reconcilióse con él, empleando su ciencia en adelante en defensa de la religión. Ved aquí como la humildad de corazón es la que ha santificado siempre á las criaturas; ved como esta virtud sublime es la que siempre las ha unido con su Dios. Ella fué como habeis visto la que ensalzó á María; por haber sido humildísima, mereció ser Madre de Dios: porque Dios atendió á la humildad de su sierva María, por esto todas las generaciones la llamarán bienaventurada. *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

Ahora, pues, que la impiedad nos combate: ahora que el espíritu del error se ha propuesto resucitar entre nosotros la pestilencia de unas doctrinas refutadas por la Iglesia: en estos dias en que el orgullo y la vanidad se disputan el imperio de la moderna sociedad, y en que un lujo escandaloso é inmoral se ostenta en todas partes, insultando con él á la pobreza, demos nosotros á conocer que la Iglesia de Jesucristo tiene todavía hijos que siguiendo la doctrina del Crucificado, huyen de esas teorías funestas y viven en la

humildad del Divino Maestro. Vivid en el mundo como si no viviérais en él, como dice el Apóstol: practicad las virtudes cristianas poniendo por cimiento de todas ellas la humildad. Vivid vigilantes para no caer en los lazos ó redes con que el mundo trata de aprisionaros. Esto se consigue con la presencia de Dios. En el templo, en vuestra casa, en la calle, entregados á vuestros negocios, pensad siempre en que estais en la presencia de Dios: tened presente que vé todas vuestras acciones buenas ó malas, y cuando vuestro génio os lleve á actos de soberbia, fijad en el momento vuestro corazón en Dios, y recordad lo que nos tiene advertido: «que dá su gracia al humilde y que resiste al soberbio.» *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.* De este modo, fundados en la humildad, hareis grandes adelantos en todas las virtudes, y aun podreis llegar á la perfección, y la Santísima Virgen, complacida así de vuestra conducta cristiana como de lo firme y verdadero de vuestra devoción hácia ella, os alcanzará auxilios especiales, y será para vosotros una protectora benéfica, una madre cariñosa, y un guía que os conducirá á la gloria.

¡Humildísima María! Rogad por nosotros ante el acatamiento de vuestro Divino Hijo, á fin de que nos conceda un gran espíritu de humildad y gracia de perseverancia en los buenos propósitos que hacemos en este dia. Plegue al cielo que de aquí adelante seamos vuestros fieles imitadores, y que teniéndoos por perfectísimo modelo, miremos sin afición ni deseos todas las grandezas de la tierra. Vivir en Dios y para Dios, son nuestros únicos deseos: con vuestro auxilio esperamos conseguir nuestras aspiraciones, y ayudados con vuestra protección la posesión de la gloria. *Amen.*